



Leyendas aisladoras

El que ahora os habla, lectores españoles, tuvo el otro día ocasión de conocer y tratar a otro español, compañero suyo de profesorado, de quien se habla mucho y que goza de un grandísimo prestigio en la especial disciplina a que se dedica. Pasa por una eminencia en ella, por un técnico formidable.

Los técnicos y especialistas nos han sido siempre sermoneados. Y no es sólo que se nos haya dado con ellos milenta veces el pego; es que con lamentable frecuencia el técnico especialista no es más que técnico y especialista. Lo que en otra parte acaso no sería poco, pero en nuestra España de hoy es riquísimo. Lo tenemos aquí a la mera técnica y al especialismo. Veníamos, además, el compañero en cuestión envuelto en una leyenda. O mejor en una doble leyenda. Y a la vez el que esto escribe llegaba a él envuelto en otra leyenda, acaso en una doble leyenda.

Estuvimos con el compañero unas horas, y rotas las dos capas aisladoras — la de su leyenda y la de la nuestra, — disipados los primeros recelos — los que pasamos por soberbios solemos pecar más bien de sobrado cautelosos y aun de tímidos, — llegamos a vernos cara a cara. Y creímos, lectores, que el que este sencillo encuentro de dos españoles os relata nunca ha sentido tanto alivio en su soledad patria, nunca tanto endulzamiento en la amargura que le hincha el ánimo. Se encontró con un espíritu, con un hombre. Y vió que le habían engañado respecto a él; que le habían engañado los que le denigraron y los que emblanquecieron.

«Pero por Dios — nos dijimos, — ¿por qué esta obra fe.oz de forjar leyendas en torno a los hombres y aislarlos así? Aislarlos tanto con leyenda negra como con leyenda blanca.

Creímos al pronto si será efecto de una incapacidad pública para comprender y apreciar a los hombres que no se limitan a recitar el papel que los demás les asignan en la comedia social; si será efecto del ningún respeto que aquí hay a la personalidad individual humana; pero luego pensamos si no será más bien ese odio a la inteligencia de que nuestro compañero de antes y amigo de ahora nos hablaba. Y nos hablaba al contarnos la soledad en que en esa Corte y Villa vive, aunque regentando una cátedra y un puesto en un ministerio.

¡La soledad! Y lo que descubrimos en la nuestra al ponerse ésta en toque, caída la capa de leyenda que la ceñía, con la otra soledad, con la soledad del otro, caída también ante nosotros su leyenda! Desgarradas dos leyendas pudieron comulgar entre sí dos soledades.

Y ahora, a los que andan por ahí diciendo que no hay modo de unir y concertar a dos o más españoles que tomen en serio la vida — la ciencia, el arte, la industria, el negocio, el trabajo, etc., — que ya tomen con religiosidad, que no hay modo de hacer un monasterio de estos solitarios — pues monasterio es reunión o convento de solitarios, — les diremos que la mayor culpa de ello la tienen los que rodean y envuelven a esos solitarios en leyendas aisladoras.

Aquí se le persigue y se le aísla con una leyenda al hombre que vive en serio. Y sólo se le deja cuando el aislamiento que le produce esa leyenda envolvente le ha deformado de tal manera que ya no es él. Y suele llegar el homenaje tardío; un homenaje entre compasivo y vengativo.

«Si fuera de otro modo, habría ya llegado a sentarse en este banco» — decía señalando al escaño en que se sentaba, y que a él debía parecerle muy honroso, cierto sujeto, y refiriéndose al que ahora aquí os lo cuenta. ¿Y qué sabía el... sujeto aquél cómo somos? ¿Es que nos conocía? Ni por el forro. El... sujeto aquél, de una superficialidad y ligereza de espíritu, aunque disfrazadas, realmente abrumadoras, nos juzgaba al decir aquella tontería conforme a una leyenda. Y conforme a una leyenda se le atropella y deprime entrapélicamente a una persona humana. Sobre todo por quienes dividen a los hombres en electores y elegidos. (Y al pueblo en pueblo elegido y pueblo elector.)

¡También el nuevo amigo que nos sugiere estas líneas parece que fué alguna vez blanco de los chistes baratos de ese sujeto del escaño de... llegada! Y son esos sujetos de los escaños los que suelen hacer las leyendas aisladoras. Y ellos se apiñan y se arrebañan, y aunque parecen reñir entre sí no es sino de mentirijillas.

¿No se preguntaba aquel nuestro otro amigo cómo es que no hay manera de concertarnos a los que vivimos en serio la vida pública, a los que vivimos la historia? Pues aquí tiene una parte de la explicación. Porque falta otra parte y acaso la más íntima. Falta saber algo más del origen de las leyendas aisladoras y a quiénes aprovechan y por aprovecharles las fomentan.

Miguel DE UNAMUNO.